

CELCIT. Dramática Latinoamericana 153

HISTORIAS TÁRTARAS

Patricia Suárez

Personajes

Motek

Max

Vera

Cada salto marca una transición en la escena.

1913. Interior de un tren que cruza Polonia. Dos hombres van en él sentados uno frente a otro; no se conocen. Max, un joven de unos 25 años, lee, a su lado hay una valijita de forma cuadrada que él vigila nerviosamente. Motek, un hombre de alrededor de 50 años, vestido lujosamente aunque con desprolijidad, observa el paisaje por la ventanilla, luego pispea la tapa del libro, se intriga, lo interrumpe.

Motek: ¿Tiene un fósforo?

Max saca un encendedor de plata y le da fuego. Lo guarda y vuelve a la lectura.

Motek: ¿Qué lee?

Max: Una novela.

Motek: ¿De qué trata?

Max: ... trata sobre muchas cosas a la vez. Una joven francesa que marcha a hacerse monja y en el barco conoce un muchacho que...

Motek: la pervierte. Mire (*hacia la ventanilla*) ¿esos son álamos o abedules?

Max: álamos. Los abedules tienen el tronco blanco, como una piel blanca...

Motek: Ah. ¿Sabe usted en qué se diferencia el ciprés del hombre?

Max: No...

Motek: En que el hombre se mueve y el ciprés está quieto.

Larga pausa. Max vuelve al libro.

Motek: ¿Decía entonces de su novela?

Max: que más bien es la heroína la que pervierte al muchacho y no al revés.

Motek: las mujeres francesas no son precisamente el ejemplo de la humanidad... Nunca vi abedules de donde vengo... ¿Cómo se llama el libro?

Max: *Manón*.

Motek saca una libreta de cuero del interior de su saco y una lapicera de oro y apunta el nombre del libro.

Motek: En cuanto pise París voy a buscar ese libro. Usted me gustó desde el primer momento en que lo vi. Me dije inmediatamente: "Con aquel joven se puede hablar". A mí no me gusta viajar silencioso como un espantapájaros. Me gusta conversar con la gente y por eso saqué pasaje de tercera... Habitualmente viajo en segunda, aunque también podría viajar en primera. Y no es que quiera jactarme. Pero mire...

Motek saca una billetera abultada y le enseña sus billetes. Le da una palmada y la vuelve meter en el bolsillo.

Motek: No se asuste que hay más.

Max abre subrepticamente su libro, para volver a la lectura, pero Motek lo interrumpe.

Motek: El dinero no significa nada para mí. Yo soy un hombre sencillo y me gusta la gente sencilla. Cuando empecé en lo mío yo era chico, muy chico. Cuando pienso en mi infancia, se me ponen los pelos de punta. Siempre digo a todo el mundo que nací en un gran país: Soshmaken. ¡Soshmaken es mi hogar! ¿Sabe dónde queda?

Max: No.

Motek: En Curlandia, cerca de Chelm.

(Larga pausa)

Motek: ¿Ha ido a Chelm?

Max: No.

Motek: ¿Pero conoce Curlandia?

Max: Sí, un poco.

Motek: ¿No es una región espléndida?

Max: Sí.

Motek: Ya lo decía yo: no hay a quien no le parezca espléndida.

Motek saca un billete de su billetera y se lo entrega a Max.

Motek: tenga.

Max: ¡No! ¿Qué hace?

Motek: tenga, le digo.

Max (*toma el billete, lo observa*): Oh, no, señor: no puedo aceptarlo.

Motek: ¿Por qué no? Es un obsequio a su cordialidad, un brindis.

Max: ¿Un brindis?

Motek: Por la dichosa Curlandia.

Max: Yo...

Motek: Por la dichosa Curlandia. Acéptelo.

Max (*guardando el billete en el bolsillo de su pantalón*): En ese caso... ¿cómo dijo usted? Por...

Motek: Por la dichosa Curlandia. Ahora mismo estoy viajando para mi pueblo; me llegó la hora de tener mujer y mis parientes me han conseguido una que es una flor... Se llama Hanna... ¿era Hanna el nombre o Yana?... mi primo tiene muy mala caligrafía. Fue elegida para formar parte del cortejo al Duque de Sarajevo cuando pase por Gnesen. Lleva una corona de flores de en la cabeza, y cantará con el coro de las muchachas... ¿sabe? Creo que son rosas las flores que más le gustan.

Max (*alterado*): ¿estará su *novia* en Gnesen cuando pase el Duque?

Motek: ¿No es un orgullo? La flor de Curlandia, la flor de mi patria. Pero no se crea que yo lo pasé bien en Curlandia. Pasaba hambre todos los días o día por medio.

Max: ¿Y le gusta volver a su pueblo y que su novia no esté para esperarlo?

Motek: Es un honor pertenecer al cortejo del Duque, supongo...

Max: ¿Y si pasara algo?

Motek: ¿Cómo?

Max: ¿Y si pasara algo por lo que no pudiera reunirse ya con su novia?

Motek (*preocupado*): ¿Qué podría pasar, amigo mío? ¿Que el Duque se tarde en su camino?...

Max: También va a pasar el Zar...

Motek: ¡Más honores! ¿Cómo podría no contentarme con que ella haya sido la elegida...?

Max: Hay más de sesenta muchachas en el cortejo...

Motek: Ella debe estar entre las más bellas de las doncellas.

Max: Muchas ya no son doncellas. Son jóvenes madres que no tienen ni para comprar leche para sus hijos, y simulan ser doncellas, porque al menos ahí, algo les dan: frutas, chocolates, consiguen harina...

Motek: Mejor para ellas si consiguen salir de la pobreza mendigando al Zar.

Max: Su prometida *también* debe ser humilde...

Motek: ¿Y a mí qué me importa de eso? Me la voy a llevar a Buenos Aires; le voy a poner un palacio y ella va a estar como una reina.

Max: Ojalá se cumpla su deseo.

Motek: Se cumplirá, no lo dude. Voy a hacer de ella la mujer más feliz del mundo; no se va a ocupar más que de su esposo y sus hijos; mis hijos estudiarán, a mis hijas las pienso mandar a un internado judío, ¿sabe dónde?, en Francfort. Me llamo Motek Stefaniak.

Motek le tiende la mano; se estrechan.

Max: Max Maskivker.

.....

Motek: Yo no pude estudiar... A los trece años logré reunirme con un grupo que emigraba a Buenos Aires. Yo no sabía qué era Buenos Aires ni dónde quedaba, pero quise ir. ¿Usted sabe dónde está Buenos Aires?

Max: Sí.

Motek: ¿Ah, sí? ¿Lo sabe? A ver, ¿dónde?

Max: En Sudamérica.

Motek: En Sudamérica también está Venezuela, amigo. ¿En qué país está Buenos Aires?

Max: En Argentina, señor.

Motek: ¡Muy bien, muchacho! ¡Es usted muy culto! Tome.

Motek le da otro billete.

Max: No, se lo ruego.

Motek: ¿Por qué? Es un premio a su ciencia.

Max: No, viera, yo...

Motek: Seguro que va a usarlo para una causa justa...

Max: Señor...

Motek: Por favor, amigo...

Max se guarda el billete.

Motek: Le decía, entonces, ¿ha estado en Buenos Aires?

Max: No.

Motek: Es un país... es una tierra espléndida.

(Larga pausa)

Motek: Ahí hice todos los trabajos que usted pueda imaginarse. Todos. ¿Usted en qué trabaja?

Max: Soy tipógrafo.

Motek: Ya ve: yo también he estado en el negocio de los periódicos. Vendedor callejero. Allá dicen: *canillita*.

Max: Donde yo trabajo se hacen libros nada más.

Motek: ¿Libros?

Max: Al patrón no le interesa el negocio de los periódicos.

Motek: ¿Por qué no? Es un negocio que da buenas ganancias.

Max: Quizá a mi patrón le gustan más los libros. Es una familia que imprime libros desde hace mucho tiempo atrás... Más de medio siglo quizá.

Motek: Le gustan a su patrón, entonces, más los libros que el dinero.

Max: Tal vez. Los libros, las enciclopedias, los diccionarios.

Motek: Dic-cionarios.

Max: Un libro para aprender el significado de una palabra.

Motek: Sé lo que es un diccionario, amigo. Es donde aprendió que Buenos Aires está en Argentina y Argentina en Sudamérica.

El guarda grita en off:

Guarda: ¡Pasajeros a Grösta! ¡Pasajeros a Grösta! ¡Grösta, próxima parada!

Max se inquieta en su asiento. Remueve la caja de lugar, finalmente la deja a su lado y la cubre con su chaqueta.

Motek: ¿Desciende acá?

Max: ¿Yo? Oh, no, no. Más adelante.

Motek: Casi no recuerdo Grösta. ¿Usted sí?

Max: Es bonita. Tiene un lago con un puente de piedra que lo cruza y una capilla a san... san... Un santo polaco...

Motek: ¡San Wenceslao! Ya me acuerdo.

Motek: ¿Le gusta el santo?

Max: No. No soy católico.

Motek: Cuando yo era niño se decía que la estatua del santo estaba rellena de oro por dentro, que era el oro del Zar. ¿Le gusta a usted?

Max: ¿El Zar?

Motek: El oro.

Max: El Zar, el oro, ¿cuál es la diferencia?

Larga pausa.

Motek: ¿Irá por Gnesen también el Zar?

Max: Sí.

Motek: ¿Es una fiesta o un concilio? ¿Por qué se reunirán?

Max: Es el cumpleaños de la zarevna Anastasia. El Duque es su padrino.

Motek: Harán una fiesta lujosa.

Max: Han matado ya setenta faisanes para la fiesta.

Motek (*impresionado*): ¡setenta!

Max: Son muchos invitados.

Motek: ¡Ya no debe quedar un solo faisán vivo en toda la Polonia!

Max ríe.

Motek: ¡El Zar ha asesinado toda un pueblo de faisanes! ¡Ahora los veremos nada más que en enciclopedias!

Max: ¿A los faisanes o al Zar?

Motek (*sacando cuentas*): ¿Cuántas personas cree que comen de un solo faisán? Veamos: un pollo tiene seis presas medianas... Un faisán tendrá unas doce, por lo menos... O sea que sesenta por doce son... ¿setecientos veinte? ¿Setecientas veintas presas de faisán? ¿Han cocinado para casi mil invitados?

Max: No creo que haya más de doscientos.

Motek: Entonces cocinaron para que cada invitado coma por cuatro... ¡Seguro que mi Hanna se relamerá de gusto! ¡El faisán es un plato muy sabroso!

Max: No habrá faisán para los sirvientes y súbditos...

Motek (*sorprendido*): ¿Ah, no?

Max: No. Habrá ganso.

Motek: Ah. ¿Cómo sabe estos detalles?

Max: Uno de los ayudantes de cocina es amigo mío.

Motek: El ganso es sabroso... un poco más duro, un poco más ácido... Igualmente, más que seguro que les darán las sobras del banquete...

Max: Es probable.

Motek: ¿Dónde va usted?

Max: A Gnesen.

Motek: Tenga (*mete la mano en el bolsillo del pantalón, saca la billetera y le tiende un billete*): tenga para las falsas doncellas y para que le consiga faisán a mi Yana...

Max: ¿No ha dicho que se llamaba Hanna?

Motek (*molesto pero cortés*): Mire, no lo sé. Mi primo Féiguele tiene muy mala caligrafía. Hagamos de cuenta que se llama Hanna. Hanna Abramowicz. El apellido sí es ése.

Max: Yo... oh... Oh.

Motek: Hanna Abramowicz: convenido.

Max: Hanna... Abramowicz.

Motek: Exactamente. La busca, la ve, le dice: Su prometido me dio un dinerito para su novia, para que halague su paladar con el faisán del zar... Por unas moneditas, su amigo el ayudante de cocinas le va a conseguir un plato...

Max: No podría asegurárselo.

Motek: ¿Por qué? ¿No dijo que era su amigo?

Max: Sí, claro. Forma parte de la organización, junto con su novia. La chica también está en el cortejo al zar...

Motek: Mire qué cosa. ¿Y es bella?

Max: Mucho, sí.

Motek: ¿Y está muy enamorada de su novio?

Max: No lo sé. El es un hombre muy inteligente.

Motek: ¿¿El ayudante de cocinas??

Max: Sí.

Motek: Si fuera un hombre *muy* inteligente no estaría en las cocinas...

Max: Es lo que él debe hacer.

Motek: En fin; de todas maneras, un hombre inteligente es un hombre que se prepara a que le pongan los cuernos un día u otro... Tome (*le entrega un billete*) Para que la bella novia de su *inteligente* amigo se compre alguna cosita que realce su hermosura...

Max: Yo...

Motek: Tome, le digo

Max duda.

Motek: ¿No va usted a Gnesen?

Max: Sí...

Motek: ¿Quién mejor que un joven apuesto para ayudar a mi flor y a las falsas doncellas del Zar?

Max: ¿Yo?

Motek: Quizá hasta pueda encontrar realmente a mi florcita... Me han dicho que es de pelo rojo y ojos gris oscuro, muy polacos; dicen que es alta y esbelta, que no tiene más de diecisiete años acabados de cumplir... -sería una mina de oro para quien hiciera de esta muchachita otra cosa que una esposa...- ¿Cree que podrá encontrarla?

Max: No lo sé. ¿Por qué no le pide a sus parientes que la quiten del cortejo y la lleven a su pueblo?

Motek: ¿Por qué? ¡No! Se llama Hanna Abramowicz, recuérdelo.

Max: ¿Y si tuviera un accidente y ya no pudiera reunirse con ella?

Motek: ¿Un accidente cómo?

Max: No lo sé. Una indisposición...

Motek: ¿Por qué va a tener un accidente mi Hanna?

Max: ...por el paso del Zar...

Motek (*suspica*): ¿Cree que el Zar podría tener un accidente en Gnesen?

Max (*bajando la voz*): yo... ep... ep...

Motek (*bajo*): ¿Lo cree usted?

Max (*bajo*): Estoy casi seguro, señor, que lo tendrá.

.....

Motek (*mirando el reloj de su chaleco*): ¿A qué hora comeremos aquí? ¿Tiene ya la una?

Max: No traigo reloj. Supongo que se comerá a la una.

Motek: Ojalá sirvan fresas heladas. La última vez que viajé por Europa en los trenes daban fresas congeladas en el postre. ¿Le gusta?

Max: ¿La fresa?

Motek: Viajar en tren.

Max: Un poco; cuando el viaje no es muy largo.

Motek: Mis ojos arden por ver a Soshmaken. No se compara a ningún sitio; en eso es como Buenos Aires. ¿Estuvo alguna vez en Nueva York? ¿No? ¿En Londres tampoco? ¿En Madrid? ¿En Constantinopla? ¿París? ¿Tampoco?

Max: No.

Motek: No es usted un muchacho lo que se dice cosmopolita.

Max: Soy tipógrafo.

Motek: Entiendo.

Max: Mi sueldo...

Motek: Entiendo, entiendo. ¿Cómo explicarle entonces cómo es Buenos Aires? Ahí hay que saber aprovechar las oportunidades. De esta forma se puede hacer fortuna. Hay oro tirado en las calles. Se camina pisando oro. Nada más hay que agacharse y levantar el oro, todo el que se quiere. ¡Pero cuidado que en ese

momento no lo pisen a usted! Es todo el cuidado que hay que tener y no distraerse ni detenerse. Ni ponerse a pensar si tal o cual negocio es digno o indigno o no. Todo tiene que ser digno. Y lo mejor de todo: no trabajar para los otros sino que los otros trabajen para uno. ¿No le parece esto bueno?

Max: A veces.

Motek: ¿Qué dice!?

Max: que a veces nada más.

Motek: ¿No sería mejor, mi amigo, si usted tuviera una gran imprenta y su patrón, en vez de explotarlo al joven Max, fuera el joven Max quien lo explota a él?

Max: No veo la diferencia.

Motek: ¿Cómo que no? ¿Está loco? Usted podría vivir en París, en un lindo pisito, llenando de caprichos a su Manón o a una Manón cualquiera, que las Manones, para el caso, son lo que sobra... Y cada tanto le llegan los reportes de cómo va su negocito aquí en la Polonia... atendido por el patrón expatrón y por una sarta de aprendices...

Max ríe.

Motek: Siempre es bueno que los demás trabajen para uno. Observe el ejemplo del mismo Dios: él nunca trabajó para los otros. ¿Lo había notado?

Max: El Gran Capitalista.

Motek: ¿Cómo dice?

Max: El Industrial. Fundó una fábrica y saca de ella su provecho y su ganancia, hace vivir a sus obreros en el temor perpetuo y en la ignorancia, y no todos son obreros; la mayoría son esclavos.

Motek: ¿Dice esto sobre nuestro Dios en sus diccionarios?

Max: En algunos *diccionarios* solamente.

Motek: Es una versión bien extraña del buen Dios, ¿no le parece?

Max: Me parece la más exacta.

Motek: ¿Cantan esta versión los rabinos?

Max: no.

Motek: Es una versión moderna.

Max: Sí, quizá.

Motek: Yo sigo creyendo que lo mejor es que trabajen para uno. Lo sé por experiencia propia. Yo soy un comerciante honesto. No voy a pretender que soy el rabino de Lemberg. Soy un simple proveedor. Simple, simple.

Max: ¿De qué clase de mercadería?

Motek: de una que todos conocen pero de la que nadie habla.

Max: ¿En qué comercia usted?

Motek: En el negocio que tengo actualmente en Buenos Aires en varios ramos, importación es el principal. Pero el negocio no está del todo en Buenos Aires, sino en todo el mundo, ¿comprende? Yo debo elegir, tasar, adecuar mercadería de París, de Budapest, de aquí mismo en Varsovia... Sólo la oficina central está en Buenos Aires.

Max: Debe ser un negocio cansador.

Motek: ¿Cuál no lo es? Pero por fortuna yo tengo un gran olfato para las ofertas y las demandas, ¿comprende?

Entra Vera. Ronda los 37 años, es delgada, un poco rígida, viste de negro, lleva un sombrerito con un corto velo, que se quita apenas sentarse y coloca sobre su falda sosteniéndolo entre sus dos manos. Sus cabellos son muy rubios.

Vera (a Max): ¿Puedo sentarme junto a usted?

Max (alterado): ¿Aquí?

Vera: Si no le molesta.

Max quita la valijita de su lado y la pone entre sus pies, la aprieta con ellos todo el tiempo.

Vera: Gracias, caballero. (*Hacia el interior del pasillo*): No, no, niños, quédense allí. (*A Max*): Los niños son muy traviesos.

Max (*sin mirar a la mujer*): ¿De dónde era su padre en Ucrania?

(Larga pausa; los hombres hablan en voz más baja).

Motek: ¿Cómo? Ah, sí. De Kamenets-Podolsk, una aldea. ¿Es ruso?

Max: No. Soy polaco.

Motek: ¿Conoce a mucha gente rusa?

Max: Sí, bastante.

Motek: Que no sean gentiles, quiero decir.

Max: Algunos.

Motek: ¿Y viven en Varsovia?

Max: Sí...

Motek: ¿Por qué alguien querría dejar la bella Petersburgo para venir a Varsovia? ¿Acaso hay en Petersburgo la soledad entre las gentes que hay en Varsovia?

Larga pausa.

Motek (*vivamente*): ¿No es una ciudad gris y húmeda nuestra Varsovia? ¿Es que los persigue la policía acaso?

Max: ¡No! ¿Por qué habría de perseguirlos la policía! ¿Cómo se le ocurre que...?

Vera (*a los niños*): ¡Ya les he dicho...!

Max abre su libro y vuelve a él.

Motek: ¿Son sus hijos?

Vera: Sí. Aquel, el más rubio es el mayor: Filíp, y el otro, el morenito...
¡Alexánder, quédate quieto! No viajan muy seguido; los viajes los excitan...

Motek: No debería retarlos. ¿No se excitaba usted de niña con los viajes en tren?

Vera: ¿En tren?

Motek: Sí: en tren.

Vera: Oh, no. En mi familia siempre viajábamos en calesa.

Max levanta la vista del libro y la observa.

Vera: Padre tenía un coche que tiraban seis caballos: cuatro blancos y dos azules... Viajábamos con nuestra ama, la señora Schwropsswickz... (*Ríe*) En alemán su nombre suena como la lija sobre el vidrio, pero en Polonia es melodioso.

Motek: Repítamelo despacio: quiero aprenderlo.

Vera: Schwrop-sswickz.

Motek (*bajo*): Schwr... Schwrop...., me es imposible, señora.

Max: ¿De dónde es usted?

Vera: De Brandenburgo, la desafortunada.

Max: ¿Cómo?

Vera: De Brandenburgo.

Alterada por los chillidos de los niños, y luego la llaman. Vera sale fastidiada.

Motek: Tiene una bella cintura...

Max: ¿La señora?

Motek: ¿¿No la ha visto?? Y brillantes ojos y manos delicadas...

Max: jamás habrá trabajado.

Motek: ¿No vio que dice que pertenece a la nobleza?

Max: ¿Y lo cree?

Motek: No lo sé.

Max: ¿Una aristócrata viajando en tercera?

Motek: Quién sabe... Pero para ella decir que se pertenece a la nobleza paga muy bien... rodea a las personas de un halo de decadencia y la decadencia de las costumbres siempre enardece a los sentidos de los clientes... Súmele esos bellos ojos... la cintura... claro, que no sabemos aún qué clase de piernas tiene... quizá sea muy flaca... las mujeres muy flacas no suelen gustar y uno acaba empleándolas en la cocina, de sirvientas, o en la frontera... Ahí regresa: fíjese, fíjese qué ojos más brillantes tiene...

Max: debe ser una neurasténica...

Motek (*consternado*): ¿Cómo dice?

Max: O tal vez sea miope y debe forzar la vista para mirar o porque no quiere usar anteojos por coquetería...

Motek: esa clase de mirada que una sola mata al amor y el amor resucita por una sola...

Max: Shakespeare.

Motek: ¿Cómo?

Max: Esa es una frase de Shakespeare.

Motek: Oh... Ese es un lugar común; ¿no ha querido usted nunca a una mujer?

Vera vuelve rebusca algo en su cartera, una bolsa de caramelos, y vuelve al vagón en que están sus hijos. Los dos hombres la miran con insistencia.

.....

Con los platos sobre una mesita con ruedas. Está servida la cena de los tres.

Motek: La policía es el diablo. En todos los países es la misma, como una hermandad. En confidencia, si le dijera la suma que debo meter anualmente en los bolsillos de la policía, se asustaría. Diez mil, hasta veinte mil rublos, y todo para que no miren mi negocio con sus ojitos de zorros... (*Mirando el plato*): ¿Qué cree que es esto? ¡Deberían servirnos venado regado con whisky escocés! ¡Ese sería un verdadero plato de la mittteleuropa!

Max: ¿Venado? ¿No sería más bien un plato galés?

Motek (*comiendo*): He visto por ahí un cartel donde decía: Aquí cayó de su corcel el Príncipe de Gales...

Max: ¿El Príncipe de Gales, aquí?

Motek: ¡Ya le dije que lo vi! ¡No voy a andar yo contándole historias tártaras!

Max: Qué extraño.

Larga pausa.

Max: ¿En qué artículos comercia usted?

Motek (*hurgando en el plato*): ¿Es la piel del pollo?

Max (*susurrante*): ¿Vende armas?

Motek: ¿Es esto una guarnición de ciruelas? ¿Qué cree? ¿Serán guindas?

Max: ¿Cómo dice?

Motek: Si serán estas guindas o ciruelas o... bah, qué importancia tiene. No va a ser comida kosher.

Max: No me dijo aun en qué comercia.

Motek: Oh, querido amigo... pruebe, pruebe su pollo: está delicioso. ¿Va a pasarse el viaje preguntándome en qué ramos comercio?

Max: Tengo amigos que quizá podrían interesarse vivamente en sus artículos.

Motek: ¿Artículos? No, no son precisamente artículos. Estatuitas de porcelana no son. Es una mercancía cara, lo admito, pero el mundo sigue creciendo. Produce muchos gastos este negocio; quizá un muchacho no podría soportarlo... En el rubro de beneficencia gasto más que la zarina en ropa de baile para sus hijas...

Vera regresa finalmente y se sienta junto a Max, que le hace más espacio.

Vera (a Max): Gracias. Oh. Han traído la comida... ¿Está buena?

Max: Sí. Un poco.

Motek: No, señora: no es una comida delicada.

Vera prueba algo de su plato tomándolo con la punta de los dedos, y aparta el plato con asco.

Vera: las cerezas están agrias...

Motek: Deberíamos habernos pasado a primera para la hora de la comida...

Max: ...No creo yo que la zarina pueda seguir mandando a sus hijas a los bailes.

Motek: ¿A los bailes, no? ¿Por qué?

Max: A mucha gente aquello ya no le gusta.

Motek: ¿Los bailes? ¿Pretenden que se vuelvan religiosos?

Max: no, no es por eso.

Motek: ¿A quién no pueden gustarle los bailes? Mi madre sabía decir: "El tiempo pasa, y ya vuela como una corneja o se arrastre como una babosa, nunca es el tiempo tan agradable como en los bailes, cuando no se sabe muy bien si está pasando bastante rápido o más bien algo lentamente". Mi madre pasó su juventud en Lublin, allí la vida era más entrenada que en mi pueblo. (A Vera) Seguramente que la señora sabe de qué hablo cuando menciono los placeres de los bailes...

Vera: ¿Yo, caballero?

Motek: Un garbo, un rostro como el suyo no ha sido ajeno a semejantes placeres... ¿No habrá privado al mundo de su vista, como una desdeñosa criatura de la noche?

Vera (*halagada*): Oh, no; claro que no.

.....

Motek: La visita a mi pueblo va a costarme por lo menos mil rublos. Qué digo: dos mil, tres mil rublos. ¡Pero Soshmaken es mi hogar! ¡Faltar tanto tiempo! El pueblo entero va a venir a recibirme gritando: ¡Vino Motek! ¡Llegó Motek de Buenos Aires! Me esperan como al Mesías; mandé telegramas avisando que venía.

Max: Estoy pensando que tal vez podría ayudarnos a mis amigos y a mí en una causa que...

Motek: ¿Causa? No, mi amigo, la única causa que interesa en este mundo es el hogar.

Vera: Y el amor, no se olvide. (A Max): ¿Podría correr la cortinilla de la ventana, por favor? El sol me deslumbra.

Max: Claro.

Max mira hacia la ventana, toma la cortinilla entre sus dedos, pero no la corre.

Motek: ¿Sabe por qué vuelvo a mi pueblo? Para visitar las tumbas de mis viejitos; y quiero casarme. Quiero una chica judía, decente, de Soshmaken. Mi madrecita sabía decir: El caballo y la mujer de tu pueblo deben ser.

Vera: ¿Lo cree? El padre de Filíp, el Conde quiero decir, era nacido también en Brandeburgo y sin embargo...

Motek: Es que los matrimonios se arreglan en el Cielo. Pero el amor...

Vera: El amor. (A Max): Caballero, ¿puede correr la cortina? El sol me daña la vista.

Max: Sí, cómo no.

Max corre la cortina hasta la mitad del vidrio. Se acerca a mirar.

Motek: Ya les escribí a mis parientes que me encontraran algo bueno y parece que hallaron una rubita que es una flor. ¿Sabe cómo se llama ella?

Vera: No...

Motek: Hanna Abramowicz.

Vera: Es un nombre musical.

Motek (ríe): ¡Un nombre musical!

Vera (canturreando): *jannbramoooviss...*

Motek: es cierto.

Vera: Sería aun más musical si su nombre fuera Yana, ¿no lo cree?
Yánnnbramoviss: como el viento soplando sobre el vidrio de una ventana;
 (imitando la voz del viento y la de la ventana): "yannbramoviss, déjame entrar", "no, no, viento: quedarás atrás"... "¡Yánnnbramoviss!!" "Quédate allá".

Larga pausa.

Motek: Voy a llevar mi mujercita a Buenos Aires adonde vivo; le voy a poner un palacio: ella va a estar como una reina.

Vera: Yo tengo un palacio, también...

Max (*contemplando por la ventanilla*): Está alto el trigo... tan pronto, este año...

Motek: Voy a hacer de mi mujercita la mujer más feliz del mundo; no se va a ocupar más que de su esposo y sus hijos; mis hijos estudiarán, a mis hijas las pienso mandar a un internado judío, ¿sabe dónde?, en Francfort.

Vera: ¡Oh, Francfort!

Motek: ¿Dónde estudió usted, señora?

Vera: En Ginebra.

Motek: Ah, Ginebra. Allí los matrimonios se divorcian por una nada...

Vera: ¿Por qué lo dice?

Motek (*sin atenderla*): la vez que estuve el camarero del hotel me sirvió café frío y me dijo "saboree nuestro café porque está helado con la nieve del Mont-Blanc". El café no sabía a nada rico a decir verdad... (A Vera). ¿Cuánto tiempo estuvo la señora en Ginebra?

Vera: Muy poco tiempo, después padre contrató a la institutriz, la señora Trude Schwropsswickz (*ríe cuando pronuncia su nombre*), madre nos extrañaba lejos de ella.

Motek: Trud-e Schwropss... svrops... chicz..., sigue siendo imposible.

Max (*observando por la ventanilla*): ¿Lo han visto? Está ya crecido el trigo; habrá pan.

Motek: ¿Dónde envía a sus hijos?

Vera: ¿A Filíp?

Motek: ¿Cómo?

Vera: ¿A los niños?

Motek: Sí, ¿dónde estudian?

Vera: Mi marido, el Conde, ha contratado un tutor para Filíp. Le enseña Lengua Alemana, Latín y Griego, Inglés e Historia. Nuestra Historia es muy importante para un niño...

Motek: ¿Y el señor profesor es...?

Vera: Es un profesor inglés. Caballero, por favor, le ruego. ¿Puede correr completamente la cortina? Le he dicho que mis ojos, mis ojos...

Max: Sí, sí. Disculpe. Está alto el trigo este año: me quedé mirándolo..., está tan alto que...

Motek: ...¡habrá tortas de azúcar merengada!

Max corre la cortinilla completamente; quedan a oscuras.

.....

Detrás de las cortinillas hay sol fuerte todavía.

Motek: ¿Han visto sus niños la estatua de san Wenceslao en Grösta? Hace un momento hablábamos de ella con el señor Max.

Vera: Oh. No, pues no. El San Wenceslao ya no está en Grösta, caballero. Está en Gnesen. La trasladaron con motivo de la visita del Zar.

Motek: ¿Cómo lo sabe?

Vera: Ádrian... el... el profesor inglés de mis niños me lo ha leído de un diario.

Motek: ¿Irá usted a Gnesen?

Vera: Sí.

Max (*disimulando su molestia*): Irá a ver al Zar.

Vera: No. Voy a casa de mi señora suegra, la Condesa a dejarle a mis niños, a dejarle a Filíp... unas vacaciones con su abuela podrán... Yo no... no estoy muy bien de los nervios..., últimamente.

El guarda grita en off:

Guarda: ¡Juma! ¡Pasajeros a Juma! ¡Juma, próxima parada!

Motek: ¿Quién era San Wenceslao?

Vera: Ah, era un santo muy peculiar...

Motek: ¿Qué quiere decir?

Vera: Tenía una gran apostura y un cabello moreno y largo... ¿Son mas hermosos para usted los santos morenos o los rubios?

Motek: Yo... no sabría qué decirle...

Vera: Yo creo que los morenos. San Wenceslao, además, era incansable y luchó contra el paganismo... en las estepas... Lo hizo de dos maneras: con la cruz, evangelizando y enseñando el latín a los pueblos todavía muy brutos que había en Polonia, y con la espada, combatiendo contra los turcos...

Motek: ¿¿Combatiendo??

Max se levanta con la caja en las manos, pidiendo permiso a Vera, y se queda en el pasillo.

Motek (*a Max*): ¿Qué hace?

Max: Estiro las piernas.

Motek: ¿Las piernas? ¿Un joven como usted? Vamos, siéntese.

Max: No, gracias.

Vera: Este es un viaje muy largo...

Motek (*sacando dinero de su bolsillo y alargándole un billete*): Vamos, tome.

Vera mira estupefacta el manejo del dinero.

Max: Yo... gracias. (*Guarda el billete*). Es un momento nada más... me hormiguea el muslo...

Motek: Oh, no se asuste, señora, que hay más. (*Muestra su billetera*) A propósito (*saca un billete y se lo da*): Tome.

Vera (*ávida*): ¿Yo, caballero?

Motek: Sí. Usted es una mujer religiosa.

Vera (*dubitativa*): Católica romana.

Motek: Le gustará ponerle una vela a San Wenceslao.

Vera: No sé si debiera aceptar...

Motek (*feliz e insistente*): Por mi alma. Mire: yo soy judío, pero creo que Dios es uno solo... y quién sabe si San Wenceslao no podrá traerme buena suerte... en mi matrimonio, por ejemplo... Yo nunca antes estuve casado... Es muy importante que me vaya bien... Acéptelo.

Vera lo acepta. El tren se detiene bruscamente. Max trastabilla, la caja salta en sus manos, él grita desesperadamente. Vera y Motek lo miran y luego se acercan a la ventanilla.

Motek, Vera: ¿Qué ha pasado? ¿Qué...

Voces de los hijos de Vera:

Niños: Madre, madre. Mami...

Motek: No lo sé...

Vera: Hay unas gentes ahí que...

Motek: deben ser campesinos que quieren subir con animales, ¿ve? Mire, aquella mujer, oh, Dios: ¡quiere subir con ese cerdo que lleva en un canasto!

Max (*asomándose*): ¿Adónde?

Motek: Allí, allí.

Max: ¡Allí hay policías!

Motek: ¡Claro! ¿Quién espera que le impida subir al tren? ¿La mano de Dios?

Max (*pánico in crescendo de aquí hasta el fin de la escena*): ¡Están subiendo!
¡Van a requisarnos!

Vera (*a Max*): ¿Lleva usted un *animal* en esa caja?

Max: ¡Nos pedirán pasaportes!

Vera (*a Motek, muy tranquila*): ¿Cree que nos detendrán mucho tiempo?... Me gustaría llegar a casa de mi suegra antes del amanecer; es una mujer muy irascible y no quiero provocarla... Va a darme jaqueca y...

Motek (*sin atenderla*): ¿Cómo dice?

Vera: me dará jaqueca, seguramente. Es... ella es una clase de persona cuyo corazón sólo se abre a la adulación... Si... si yo llegara antes del amanecer quizá aceptara ella quedarse también con Alex...

Max (*sentándose junto a Motek*): ¿Qué hago? Me tienen en sus listas... ¡Me van deportar a Siberia!

Motek: Cállese.

Max: ¡Me torturarán!

Motek (*imponente*): Cállese.

Max: ¿Dónde están? ¿Los ve?

Motek: No... pero, Max, si no se calma...

Motek se para, se pone delante de Max, hace el gesto que viene haciendo cada vez que ocurre una situación semejante: abofetea a Max, quien se queda como un muñeco de paja. Vera los mira desconcertada. Se tapa la boca con las manos para sofocar un grito.

Motek: Déme, déme la caja a mí... (*Motek toma la caja, siente a Max a su lado, del lado de la ventanilla*) siéntese aquí a mi lado. Bien, así.

Vera hunde la cabeza entre las manos.

Motek (*le pasa el brazo por los hombros a su lado; con el brazo libre sostiene la caja*): Así, así. (*Bajo*) Por los pasaportes no tema... Usted es mi hijo, así. Viene de Buenos Aires a buscar esposa. Esposa, sí. Por aquello que le conté, ¿recuerda? Un dicho: "el caballo y la mujer...", exactamente. Estése quieto. Diga: buenos días, bue-nos dí-as...

Max: bue...nos...

Motek: Usted habla español y no puede comunicarse en polaco. Déjeme a mí. Vengo haciendo esto desde que usted estaba en pañales... Déjeme esto a mí... Bue-nos días...

Max (*temblando*): Bue.. buenos... tías...

Motek: Sí, sí... así está mejor. Así, sí. Así. Mírelos. (*Motek mira un punto lejano en el pasillo*): mire. Se han limitado a bajar a aquella parroquiana... la que traía esos jamones que se olían desde aquí... Mírelos. Mire, Max. Ya se bajan. Ya se van. Cálmese.

.....

La mesita está puesta. Sólo es Motek el que bebe café. Max toma la azucarera y se lleva temblorosas cucharas con azúcar a la boca.

Vera: ¿No teme por sus dientes?

Max: ¿Cómo?

Vera: Que el azúcar le dañe los dientes.

Max: No.

Vera: Tiene unos dientes muy bonitos.

Max: lo bueno que tiene la pobreza, señora, es que uno no prueba jamás los dulces... Eso hace a la buena dentadura.

Motek (*distraído, bebiendo*): Me preguntaba por el santo... Cuando yo era pequeño quería ser un hombre santo...

Vera: ¿Quién no?

Motek (*vivamente interesado*): ¿La señora deseaba ser santa?

Vera (*perturbada*): Oh, no, no. Yo no. Lo digo por mi niño, el menor, Alexander. ¿Lo ve desde aquí? Es el más pequeño, el más moreno. Juega a los santos, a san Patricio y san Esteban...

Motek: ¿San Patricio y San Esteban?

Vera: ¡Los juegos de los niños! También juegan a los venenos...

Max levanta el rostro de la azucarera y la mira.

Max (*muy bajo*): ¿quiere probar una cuchara de azúcar?

Vera (*muy bajo, también*): No, ahora no.

Motek: ¿Los venenos?

Vera (*a Max*): Apuesto a que usted, que es tan joven, lo jugaba de niño.

Max: Sí, creo que sí.

Vera: Deben saltar sobre una losa o algo por el estilo, a la que llaman *tumba* y el que la pisa al saltar mal se envenena y cae muerto...

Motek: ¡No es un juego muy divertido!

Vera: No lo crea, ¡yo los oigo reírse de una manera! (A Max): ¿No se divertía usted con este juego?

Max: Sí. En mi época no le llamábamos *los venenos* a secas, si no *los venenos de la castaña asada de Ucrania*.

Vera: ¡Qué nombre más largo!

Motek: E injusto para Ucrania... ¡con lo sabrosas que son las castañas asadas!

Vera: En mi ciudad las venden los gitanos.

Motek: ¿Los gitanos?

Vera: Yo no creo que estén bien limpias esas castañas... jamás dejo que las coman mis niños...

Max: ¿Por qué?

Motek: Porque pueden estar encantadas, ¿no es así, señora?

Vera ríe.

Motek: Los gitanos hacen ahora lo que los duendes hacían en otros tiempos...

Max (*pensativo*): Es verdad.

Motek: ¡Hasta concuerda usted conmigo! Esto está muy bien. Cortan la leche, leen la fortuna, cambian los niños...

Vera: Yo me hice leer la palma de la mano.

Motek: oh. ¿Y qué le auspiciaron?

Vera: amor. Amor e infelicidad.

Max: No es muy lógico. El amor y la felicidad deben ser una misma cosa.

Motek: Es usted muy joven y está muy equivocado.

Max (*a Vera*): ¿le parece que estoy equivocado?

Ella, angustiada, permanece silenciosa.

Motek: Supongo que en los venenos se reirá el que sobrevive...

Vera: Oh, no. El que sobrevive es siempre Filíp, porque Alexander es chiquito y da zancadas muy cortas...

Motek: El otro niño es bien alto...

Vera: Es como su padre. En cambio, mi Alexander es... se parece más a mí, ¿no lo ha notado? Mírelo ahora...

Motek (*observando al niño a la distancia*): Sí, quizá sea eso. Su nariz... sus cejas. No son muy parecidos entre ellos, a decir verdad... No, no. En absoluto. (*Chanceando*) Quizá le hayan cambiado al pequeño las gitanas... ¿qué le parece eso?

Vera (*indignada*): ¿Qué quiere decir?

Motek: las gitanas le han puesto un gitanito donde debía haber un niño rubio como su hermano y su padre...

Vera: ¡Son hijos del mismo padre, señor!

Motek: Claro, yo...

Vera: La gente está llena de malicia... ¡La malicia me ha perseguido toda mi vida! ¡Ni siquiera acá me deja un paz!

Motek (*embarazado*): Señora, yo...

Vera: Judío tenía que ser para poner en duda mi honestidad.

Motek: No consiento que...

Vera: Cállese.

Max: Tranquilícese; ya se hace la noche...

Motek: quizá sea mejor.

.....

las voces en off de los niños.

Salto de los niños.

Filíp: ¡Estás envenenado!

Alexander: Mentiroso.

Filíp: lo vi, lo vi, lo vi...

Alexander: ¿Dónde dices que pisé?

Filíp: Aquí.

Alexander: ¡Es mentira! Pise aquí.

Filíp: ¡Aquí! ¡Estás envenenado y te vas a morir!

Alexander (lloriqueando): Mentira: estaba muy oscuro; no pudiste haber visto la diferencia...

Filíp: ¡Pero la vi! Pisaste la losa..

Alexander: ¡No me voy a morir!

Filíp: Vas a morir porque estás envenenado.

Alexander: ¡No quiero jugar más!

Filíp: ¡Primero tienes que morir! ¡Te tienes que morir!

Alexander: No.

Filíp: ¡Sí! ¡Vas a morir, bastardo!

Alexander: ¡Mentira! ¡Mentira!

Filíp: ¡Bastardo! ¡Bastardo!

Alexander: ¡No me voy a morir!

Pelea de los niños.

Voz de guarda:

Guarda: ¡Señora, por favor! Mande a sus hijos que se reporten.

Vera (gime): Oh, Dios, oh, oh, mi Dios.

.....

Motek duerme; se oye su pausado ronquido. Parlotea en un idioma desconocido - su lengua del sueño- una mezcla cocoliche de ruso inventado e italiano. Vera iluminada por la tenue luz de la lamparita del pasillo del vagón, saca un espejito de su cartera de mano y se retoca la boca con su lápiz de labios. Max la mira; tiene la toda la actitud de una polilla deslumbrada por la luz de una vela.

Vera: Gracias por defenderme.

Max: ¿Yo?

Vera: Defenderme: así lo veo yo.

Larga pausa.

Max: Para mí es importante lo que hago.

Vera: ¿por la Patria?

Max: Por la libertad.

Vera: Ah, ¡la libertad!

Max: ¿Por qué lo dice así?

Vera: Porque eso es muy otra cosa

Max: Yo no lo creo.

Nueva pausa, la de una diferencia irreconciliable.

Vera: Lo vi a leyendo hoy temprano... ¿Qué leía?

Max: *Manón*.

Vera: ¿*Manón*? ¿La habré leído? No lo recuerdo. ¿Es francesa?

Max: Sí.

Vera: Mi padre fue amigo de Marcel Proust. ¿Le gustan sus novelas?

Max: Sí...

Vera: Yo lo ví una vez... aun era soltera, una niña, y no había conocido aun a mi... mi marido el Conde. ¿Usted es soltero, verdad?

Max: sí...

Vera: Ya entiendo porque usted habla de patria y de libertad como si fueran la misma cosa: es porque no sabe aun qué es el matrimonio. Cuando se case ya verá bien clara la diferencia entre patria y libertad...

Max: Yo no me voy a casar, señora.

Vera: ¿Ah, no? ¿Su partido le exige el celibato? ¿A alguien tan hermoso?

Max (*Grave*): Cuando ame a una mujer viviré con ella mientras el amor nos dure... No necesitaremos que la ley nos de su permiso para...

Vera: ah, tonterías. Piensa así, muy bien. ¿Pero quién le asegura que su amiga pensará justo como usted?

Max: La mujer que yo ame pensará como yo.

Vera: Oh, eso no puede ser. Si la ama es porque será distinta a usted. Los iguales no se aman, se detestan. ¿O quiere decir que la sacará de su partido? ¿Hay mujeres en su partido?

Max: Las hay. Y muy bravas.

Vera: Nunca pensé que la bravura podía ser una gala femenina...

Pausa.

Max: ¿Cómo conoció a Marcel Proust, señora?

Vera: Llámeme Vera. Si me llama Vera, yo puedo llamarlo Max. En el Ritz, en una *soirée*. Monsieur Proust iba de *frac*: Iba con su corbata un poco deshecha, su gabán, su sombrero echado demasiado hacia atrás, con un aire de testigo de una boda ya un poco borracho... Yo creo que en ese momento me enamoré de él.

Max: ¿De Marcel Proust?

Vera: Era un hombre encantador.

Max: ¿No era usted una niña?

Vera: ¿Y qué? ¿va a negarle a los niños la libertad de enamorarse?

Max: no, claro, sólo que...

Vera: Se lo he dicho a la Condesa: "¡Señora! Yo no he nacido para hacer medias! ¡No he nacido para enfermera ni para santa! ¡Soy una persona hecha para el amor, que no se dedica a mirar las telarañas cuando tiene un guapo mozo delante! ¡Un hombre guapo y yo, que con mis nervios me puedo morir mañana!" ¿Sabe lo que ella me contestó?

Max: No.

Vera: que dejara inmediatamente la casa, y me llevara a mi hijo el menor y a Ádrian, ya que es mi amante...

Max: La insultó con infamias.

Vera: ¿Cómo dice?

Max (*comprendiendo de pronto*): que...

Pausa de incomodidad.

Vera: sólo que de pronto Ádrian no está seguro de su amor hacia mí. ¿Puede creerlo? ¡Yo he sacrificado mi reputación, mi familia, mis hijos, mi fortuna!, y resulta que ahora el *señor profesor* duda de mí... Le dije: "¡Yo me arrastré por el fango para estar a tu lado!", y ¿sabe lo que me contestó?

Max: No...

Vera: que él no podría estar unido a mí, porque lo atormentarían los celos. De pensar que yo podría traicionarlo a él con otro muchacho como he traicionado al Conde con él. ¡Después de diez años de amor, venirme con esto!

Max: No la...

Vera: ¡Preocuparse por la infidelidad! Como si la infidelidad hiciera mella en el amor! Y además, yo estoy hecha para el amor, ¿comprende, Max? ¡Yo no he nacido para enfermera ni para santa ni para lavar calzones de ningún hombrecito por amado que sea!

Max: ¿La abandonó?

Vera: Un criminal. Pero, ¿sabe qué pienso hacer? No voy a buscarlo. Dejaré a mis hijos, a *los dos* con la Condesa y empezaré de nuevo... Con la pensión que me pasa el Conde... quizá vaya a Italia... no sé, a Florencia, a Venecia... donde el amor flote en el aire. Yo nací para sentir... Vamos, Max, bésame.

Max: ¿Qué?

Vera: Bésame, Max.

Max (*muy incomodado*): ¿Yo?...

Vera: Bésame, vamos. Haga lo que le digo.

Max: Señora, yo...

Vera: Vera.

Max: Vera, yo no sé si...

Vera: Cierre los ojos y bésame. ¿O no me vio bien? Estoy muy bien todavía... no seré una ninfa, claro... pero puedo muy bien pasármela sin corsé y dejar pasmado de gusto a más de uno. Bésame, pruebe.

Max la besa en la boca muy rápido y con extrema timidez.

Vera saca un pañuelito de su cartera y se seca los labios.

Vera: Usted, amiguito, no ha besado nunca. No importa, conmigo ya aprenderá.

Vera lo besa con mayor pasión; besándose y acariciándose apasionadamente termina la escena. Ella saca una cobija y se tapa ella y a Max, para acariciarse con mayor discreción "y libertad".

.....

Max (*por lo bajo a Motek*): Bajo en la próxima estación...

Motek: ¿Cómo? ¿Es la próxima Gnesen?

Max: No, no...

Motek: ¿Hemos cruzado el Vístula?

Max: Sí...

Motek: ¿Y a qué hora que no me di cuenta?

Max: Estaría dormitando...

Motek: Era seguramente el atardecer cuando ...

Max: Bajo ahora. Me esperan en... en el pueblo anterior.

Motek: ¿Cómo?

Max: Me esperan.

Motek (*suspica*z): Ah. Lo esperan.

Max: Y ya que ha sido tan generoso conmigo... yo quisiera, yo quisiera...

Motek: No vaya a olvidar su valijita...

Max: No, claro. Yo querría, si usted... usted...

Motek: ¿Anotó el nombre?

Max: Sí, claro. (*Saca un papel arrugado del bolsillo del chaleco*): Anna Abramovich... aunque puede ser Hanna o Yana...

Motek: Abramowicz...

Max (*con un lápiz ínfimo que saca de su chaleco corrige*): Abramowicz, sí. Yo quiero agradecerle por lo que hizo cuando... antes, esta tarde... cuando... y ... si pudiera, quisiera pedirle... quiero, si no le parece incorrecto que yo...

Motek: Quiere más dinero.

Max: Sí. Es por una causa, claro.

Motek: Todos tenemos causas, y todas las causas necesitan del dinero como la flor el agua. Tenga.

Motek le entrega varios billetes con disimulo. Max se alegra, pero luego toca los billetes como si tuvieran sal en el papel.

Max: Gracias.

Motek: Ahora viajaré aun un trecho más con la señora, luego... voy a pagar la diferencia para viajar en segunda... (*por lo bajo*): hemos visto que esta señora se sulfura con demasiada rapidez...

Max (*siempre bajo*): Está... enferma de los nervios...

Motek: ¡Vamos!

Max: La vida burguesa y la monogamia la enfermaron. Neurastenia. Quizá ella nunca conoció el amor.

Motek: ¡No me puedo creer lo que usted está diciendo!

Max: la señora busca alguien que la comprenda...

Motek (*alegre y secreteando*): Usted es un pícaro, mi amigo. Pero usted me gusta: tiene un gran futuro por delante. Lo pensé en cuanto ella se sentó: qué clase de mala pájara será ésta... Mejor va a ser que yo me mude de vagón... El camino a mi pueblo es largo todavía. ¡Mi hogar es Soshmaken!

Max sigue palpando obsesivamente el dinero que le dio Motek.

Max: Discúlpeme que le pregunte, señor, pero ¿de dónde viene este dinero?

Motek: ¿Cómo? De Boston, de una casa de cambios. ¿Qué? ¿No es bueno? Oh. ¿Me han estafado?

Max: No, no. Quiero decir, ¿qué vende *concretamente*?

Motek: No vendo mercancía religiosa, si eso es lo que me pregunta...

(Ruidos y rechinos, el tren se detiene).

Guarda en off: ¡Cracov! ¡Estación de Cracov! ¡Próxima Gnesen!

Motek: Es su parada.

(Max se marcha; Motek ríe, la mujer dormida despierta repentinamente con la sacudida del tren. Se incorpora).

Vera (*alterada a Motek*): ¿ha bajado el joven caballero?

Motek: Sí, aquí. Acaba de bajar, creo que...

Ella se para de un salto, saca una maleta de mano del maletero, todo muy rápidamente. Comienza a caminar hacia la salida, se vuelve, se inclina hacia Motek.

Vera: Si puede, señor... Recuérdelos a mis niños la parada de Gnesen...

Motek: Señora, ¿no estará usted...?

Vera: Ahí los espera el cochero de su abuela... Los conoce. Avíseles en Gnesen.

Motek: Señora...

Vera (*suplicante*): Sólo avíseles. Adiós. (*al pasillo hacia la salida*): ¡Un momento! ¡Un momento, Max! ¡Espéreme!

Larga pausa. Motek se queda mirándola.

Motek: Bien, bien. Voy a pedir a los niños que vengan acá. El mayorcito parecía buen conversador... Yo no puedo viajar solo como un espantapájaros..., no me gusta. (*al pasillo*): ¡Niños! ¡Eh, niños! Sí, ustedes, ustedes. Vengan un momento.

Susurros de los pasos y risas de los niños.

Motek (*para sí*): ¡Niños! ¡Si al menos fueran niñas podríamos hacer fortuna en unos pocos años, muy pocos tal vez, en la Argentina! Pero los niños, ¿para qué pueden servir? (*a los niños*): Vamos, vengan. Su madre se los ha ordenado.

Con las últimas palabras de Motek mientras cae el TELÓN.

Patricia Suárez. Correo electrónico: soyleyenda@yahoo.com

Todos los derechos reservados

Buenos Aires. Argentina. Mayo 2004

-

CELCIT. Centro Latinoamericano de Creación e Investigación Teatral
www.celcit.org.ar